

do de baratijas polvorientas, el único rincón utilizable de una pieza de veinte metros cuadrados, donde dos camas de latón disputan el sitio á un piano carraspieto adquirido en abonos ó á un fonógrafo ó á otras estorbosas é inútiles piezas similares, mientras apenas queda lugar para la máquina de coser que proporciona el pan ó para la mesa mezquina y claudicante donde éste ha de ser consumido.

En muchas de esas casas no cabe una persona de canto en la cocina, y en los dormitorios, á fuerza de tanta acumulación, no hay aire respirable; pero que no haya una pieza medianamente holgada, porque entonces se destinará para sala de visitas y aun se bailará en ella cada mes ó menos, recargando sus paredes con esas espantables labores salidas de manos ociosas femeninas, y esos terroríficos cromos que las droguerías y los abarrotes regalan, con mano pródiga á principios del año, adornando las sillas con listones de seda y bordados de estambre y llenando las mesas de perritos de trapo, muñecos de ínfima porcelana, jarritas de vidrio, flores contrahechas y mazos de zacate pampero, en una palabra, con toda esa basur a pseudo-estética con que la inevitable propensión de las gentes ineducadas á lo «bonito» se satisface, manteniéndolas en un estado de enbrutecimiento irreparable y de enfermedad continua, lo primero por la deplorable influencia que las *bonituras* ejercen sobre el humano espíritu, lo segundo por el polvo, los microbios y la falta de aire que originan y mantienen con su presencia semejantes cachivaches.

De esos lugares salen esas pobres niñas pálidas y sin fuerzas, mal alimentadas y mal constituidas, deslumbradas continuamente como fáciles alondras por los esplendores falsos de los escaparates de las casas de modas y por la brillante apariencia de los ricos trenes de los bulevares, cabecitas sin seso destinadas fatalmente á dejarse ofuscar y que, como aparenten un poco de belleza, caerán irremisiblemente en las redes intrincadas del mal vivir, sin haber llegado á conocer ni á sospechar siquiera las altivas noblezas del amor; de ahí salen esos mozalves precoces para el mal, alucinados y

espoleados por la necesidad sedienta de la riqueza que, por obtenerla, son capaces de renunciar á todos los generosos y bellos arranques de la juventud; que se envejecen en el vicio sin salir apenas de la adolescencia y suelen acabar sus sueños de ambición en las bartolinas del presidio.

Todas estas tristes cosas nacen y crecen en esos sombríos habitáculos llamados *casas de vecindad*; todos estos hongos intoxicantes crecen y se propagan en esas guaridas ¿cómo no ha de ser pues, éste problema que preocupe á los pensadores?

Y la base de él parece ser una sola: la carestía de los alquileres que cada día obligan á los seres humanos á acumularse en el menor espacio de terreno posible.

Si comparásemos los alquileres que se pagan en México á los que se pagan en las principales ciudades de Europa hallaríamos que, en ninguna de ellas son tan altos como en nuestra Capital.

Con datos auténticos podemos apuntar que una vivienda por la que se cobran aquí cincuenta á sesenta pesos, en Madrid no valdría más de quince á dieciseis duros, estando mejor situada, ventilada y decorada.

Los numerosos españoles residentes en México pueden decir si, en este sentido, la vida no resulta muchísimo más cara aquí que en la capital de su reino.

En cuanto á lo que ocurre en otros países, examinemos los siguientes datos copiados de una interesante revista francesa.

Es el Dr. Santiago Bertillon quien les ha recogido, estudiando precisamente la crisis de los alquileres y sus remedios posibles.

«En Inglaterra y en Escocia, dice, las municipalidades se han decidido á convertirse ellas mismas en constructoras. Yo he visitado algunos de estos *Municipal buildings* (construcciones municipales). Me habían enseñado antes las casas más miserables de la ciudad, las que se proyectaba derribar por causa de salubridad pública. ¡Nada en París puede dar idea de casas tan horribles! Antes de entrar, el amable colega escocés que se dignó servirme de guía, se recogió el pantalón y me invitó á hacer lo mismo, á causa de las suciedades indesignables que íbamos á encontrar en las escaleras. ¡Qué